

Las campanas de Burgos

ALEJANDRO CESPEDES RESINES
BURGOS

FUERON los de Pampliega quienes tomaron la iniciativa hace unos años de crear un concurso de campaneros. Ahora es la Diputación quien lo asume con ánimo de potenciarlo. Bienvenida sea esta «Muestra Provincial de Campaneros 94».

Yo creo que aún es tiempo de inscribirse, jóvenes y viejos campaneros. Las primeras citas para los del norte son en Yudego hoy sábado y en El Almiñé de Valdivielso el domingo 24. Será al caer la tarde, a las siete.

Bueno será que con tal motivo reflexionemos sobre «Campanarios, campanas y campaneros».

CAMPANARIOS

Los campanarios son minarettes con muelle de bronce, son como el mástil de un barco anclado en medio de la aldea. En vez de velas, lleva campanas.

Hay en nuestra tierra torres de abolengo, como la de Santa María del Campo, que es como el ciprés de Silos sólo que en piedra. Hay torres con leyenda de adioses y lágrimas, como la de San Pedro de Cardaña. Las hay que se avistan desde la lejanía, como la de Pampliega, que campea eniستا sobre el mar de los trigales. Las hay como la de Villalmanzo, tan enorme que resulta desproporcionada para el tamaño de la iglesia. Unas, como las de San Pedro de Tejada, huerfana de campanas; otras, como la de la Catedral, abarrotadas de todo tipo de lenguas de bronce. Las hay exentas, como los campaniles italianos. Hay «torres con nombre propio», como La Giralda o el Miguelete valenciano. Hay «torres-tarta», como la de Frías; «torres-lanza», como la de Lerma; «torres-fortaleza», almenadas y recias para cumplir su doble función. Unas están coronadas de imágenes, como la de Las Quintanillas o la de La Merced. Otras chaparras y harto romas.

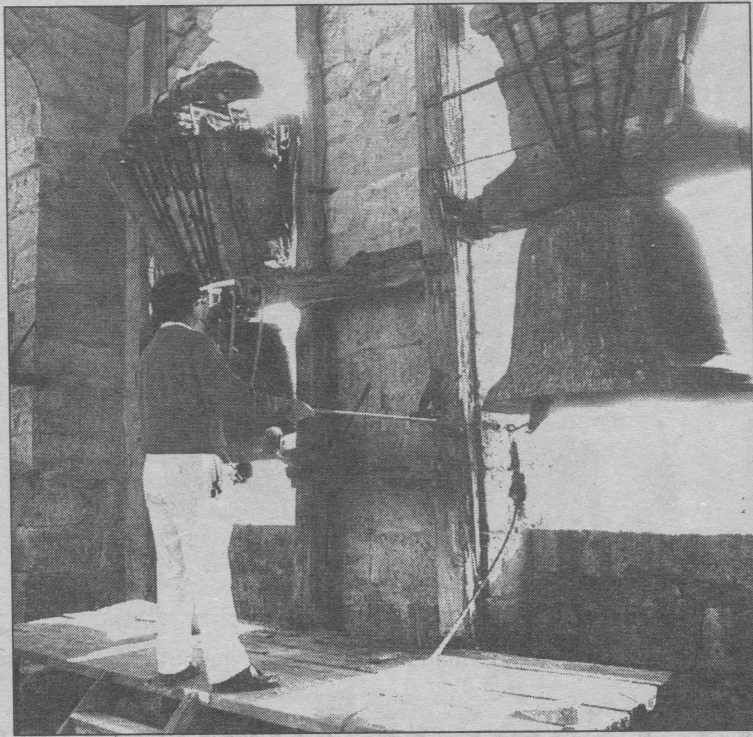
Cada campanario tiene su historia y su apellido identificador: esos campanarios románicos, de fino husillo ascendente; o esas torres con escaleras destartadas, donde el esguince atisba o el susto paraliza. A veces la espadaña, airosa ella y bien aireada, suple esbeltamente a la torre.

El campanario ha servido para atalayar vetusto desde lo alto, o para definir como «visión de campanario» la miopía de quien no ve más allá de su terruño.

«El campanario» es también uno de esos libros de ese arandino universal que es José Luis Ortega Martín.

CAMPANAS

Las campanas no suelen tener una vida muy larga, suelen rajarse hacia los cincuenta años de uso.



LORENZO MATIAS

La técnica ha «echado» a los campaneros de sus torres.

En otros tiempos las campanas recibían los honores propios de quien iba a cumplir una misión importante: el abad o el obispo lavaban las campanas con una mezcla de agua, sal y óleo. Se las ungía con once unciones de crisma: siete por fuera y cuatro por dentro; y se las perfumaba abundantemente de incienso por dentro y por fuera. El consagrante recordaba al pueblo los servicios que la campana iba a prestar: «Alabo a Dios. Convoco al pueblo. Reúno al clero. Lloro a los difuntos. Ahuyento a las tormentas. Alegro las fiestas».

Las campanas no son seres anónimos, tienen, normalmente, nombre propio. «Esta es "La Maurica"; la de allá "La Concepción"; la de más abajo se llama "San José"», anotaba cuidadosamente Ontañón en «Estampa».

Hay campanas que decoran el paisaje, como la del desfiladero de Pancorbo. Otras están

El campanero era el pregonero de la vida del pueblo, conjuraba las tormentas, avisaba de incendios, llamaba a misa y a fiestas...

cuasidisecadas, como las de Belén en el Museo Bíblico de Jerusalén.

Las hay que han pasado al romance y al canto memotécnico popular, como «Las campanas de Santillán, que toquen bien, que toquen mal», o «Las campanas de Bedón son, son de Bedón, son, son...».

Hay campanas de toque solitario, como las del cartujo a medianoche, que parte en dos su sueño y que siento desde el silencio de mi habitación. Otras son de algarabía festera y solemne. Recuerdo aquellas salidas de las procesión del Corpus en Burgos, cuando se oía una sinfonía variopinta de salvas y clarines, de campanas y dulzainas, de trompetas y cantos eucarísticos.

Hoy las campanas de la Catedral permanecen, después de muchos siglos de algazara, mudas por el miedo que los técnicos tienen a las vibraciones. ¡Lástima grande!

Hay campanas añejas, como la de Rosales, la de San Isidoro de León. Otras, recién fundidas, como las de la nueva parroquia de la Inmaculada. Nos podemos topa con campanas «gordas», que son de ritmo lento y tono empastado. Otras, en cambio, son campanillas alegres, casi esquilonas, que triscan ágiles tocando a gloria. Hay una que es de verdad mini-campana: la de Umbela de la catedral, señal de que es basilica, hoy en desuso.

Hay campanas de volteo, con pesados yugos de madera, grapados en hierro vasto por el herrero del pueblo y acuñadas deprisa, la víspera de la función, por el sacristán, metido a carpintero. Otras están aparejadas con yugo metálico, equilibrado y frío.

Hay campanas ancladas, sin badajo y sin volteo, que aguantan impávidas el mazazo de la maquinaria del viejo reloj de torre.

Lo normal es que vayan por parejas, afinadas a tono y medio de diferencia, para que puedan ser repicadas magistralmente a dúo.

Las campanas tienen también sus amigos y sus enemigos. A Vela Zanetti le molesta el tronar de las campanas. En cambio, sé de un niño que, como regalo, le ha pedido a su papá un campanario. Se queda ensimismado contemplándolo. Hay otros que se atrofian ante la consola de un vídeo juego. «Papá, llévame a muchos pueblos para oír las campanas», le dice a su padre. ¡Rara avis!

Las campanas pueden soñar, tocar, tañer, doblar, repicar o voltear. Curioso: esto último dicen que es voz casi exclusiva de Burgos. Para los de Quintanar de la Alta Sierra las campanas no voltean. Ellos cantan. «Ya volean, ya volean».

Son campanas que «se echan al vuelo». Abundaron por estos pagos los fundidores de campanas, itinerantes a veces, que

fundían las campanas a pie de obra.

Nos topamos, finalmente, hoy, con campanas sofisticadas, aparejadas electrónicamente, de melodías enlatadas y teledirigidas por señales de radio, y también campanas electrificadas, que maneja friamente el cura pulsando los botones desde la sacristía. ¡Donde esté un buen campanero...!

CAMPANEROS

«Dicen que como él nadie las supo tocar».

Era oficio transmitido normalmente de padres a hijos; y como las campanas no daban lo bastante, solía ser el campanero hombre de muchos oficios. Mi amigo Emiliano (alias «Lentejilla»), además de campanero de campanillas, ejercía de sacristán, zapatero remendón y camarero. Los hay que han entrado en la historia como personajes de la literatura universal, como «Nostra Damus», el jorobado de Ntra. Sra. de París.

El campanero marcaba el ritmo de ir y venir del pueblo como marca un farero el ir y venir de los barcos en la mar. De madrugada, el toque de oraciones (ángelus matutino) hacía las funciones de despertador. Después se tocaba para soltar el ganado. Más tarde había que tocar a misa: las primeras, las segundas y las terceras. en Quintamanvirgo eran dos más:

Hay en nuestra provincia torres de abolengo, con leyenda de adioses y lágrimas. Las hay abarrotadas de todo tipo de lenguas de bronce...

«A entrar» y «campanada» para empezar.

Había que «tocar a comer», Angelus del mediodía; y al pardear, el toque de oraciones de la tarde. En Medina, cuando «tocaba la monja», era hora de entrar por la tarde a trabajar. «Tocar a mañana» era señal de que al día siguiente era fiesta de guardar.

El campanero era, además, el pregonero de los grandes acontecimientos: conjuraba tormentas con el «tente nuble, tente tú...». Si había algún siniestro, tocaba «a rebato»; si fuego, tocaba «a quema».

Pero la gran oportunidad para el lucimiento del campanero era el «toque de fiesta». «Las hace hablar», decían en Pineda. «Las deja dormidas», comentaban los de Cornejo de Sotocueva.

A «campana tañida» se reunía el concejo.

¿Por quién doblan las campanas?, titulaba don Ernesto. El «toque de difuntos» o «tocar a muerto» sigue siendo estremecedor. La lentitud inicial del toque se va acelerando paulatinamente hasta fundirse en un vibrato prolongado.

Acaba el fin con uno o dos secos golpetazos finales simultáneos, según sea hombre o mujer el difunto. En la noche de Todos los Santos, los ánimos se sobrecogían al sentir el «tocar a clamores».